

TENSIÓN CONSTRUCTIVISTA Y CONSTRUCCIONISTA: UNA REVISIÓN DE SUS
REPERCUSIONES EN EL ESCENARIO PSICOTERAPÉUTICO

Margarita María Giraldo Tabares

Ana Milena Mejía Ochoa

Maricela Restrepo Arias

Asesor:

Mg. Ricardo Andrés Celis Pacheco

Proyecto: Sobre el construccionismo social y la terapia sistémica: encuentros y
desencuentros

Universidad de Manizales

Especialización en psicoterapia y consultoría sistémica

Facultad de ciencias sociales y humanas

Programa de psicología

Manizales, Febrero de 2015

INTRODUCCIÓN

El presente ensayo tiene como propósito ampliar las diferencias entre el paradigma constructivista y el modelo construccionista, ambos pertenecientes al paradigma posmoderno que, aunque comparten una visión construccionista de la realidad, divergen en la manera como se realiza dicha construcción, llevando estas diferencias a una tensión teórica y práctica que se pretende en este escrito quede claramente expuesta.

Es pertinente hacer algunas claridades frente a lo que se denomina “paradigma posmoderno” en este ensayo. Se entiende como un movimiento filosófico que plantea una crítica al pensamiento moderno y las limitaciones de su epistemología positivista, la cual plantea la existencia de una realidad separada del observador que puede ser conocida de manera objetiva por éste. Anderson, citado por Tarragona (2006), plantea que desde esta postura “el conocimiento es visto como un espejo de la realidad y la función del lenguaje es representar al mundo tal cual es” (p.513). Por tal motivo, desde esta idea se considera como conocimiento válido aquello que permite ser observado, medido y cuantificado, y que es común para todos los seres humanos.

Dentro del espacio de la psicoterapia el pensamiento moderno tuvo un lugar importante y ubicó al terapeuta en una posición jerárquica donde se consideraba un observador objetivo del consultante. Se entendía desde este punto de vista que el terapeuta es un experto sobre la naturaleza humana y que “sabe” lo que sucede con la persona del cliente y tiene para él una lista de pasos que, seguidos con claridad, deberán mostrar resultados que puedan ser observados y medidos científicamente.

Por su parte, el posmodernismo, entendido como una postura crítica más que como una época, plantea que el conocimiento es una construcción subjetiva que se da dentro de una red de relaciones y conversaciones con otras personas. Asegura que el sujeto es un participante activo en el proceso de creación de su realidad y que por tanto ésta no se encuentra fuera de él.

Estas ideas críticas frente a la epistemología positivista del pensamiento moderno tienen igualmente repercusiones prácticas que ubican la figura del terapeuta en una posición más democrática, en la cual, si bien es reconocido como un experto del saber y hacer psicológico, también reconoce al consultante como experto de su historia y lo valida desde allí. A lo largo del texto se ampliarán, con mayor detalle, las implicaciones teórico prácticas que la visión posmoderna tiene en el espacio psicoterapéutico.

Como se mencionó anteriormente, hacer lecturas de un mismo fenómeno, desde lugares diferentes, tiene implicaciones que marcan caminos distintos en el entendimiento y proceder del mundo. En este caso se hace un esfuerzo por leer el yo, el concepto de cambio y la relación terapéutica, desde ambas posturas pertenecientes al paradigma posmoderno, entendiendo las repercusiones que una y otra tienen en la praxis psicológica.

Para cumplir con la intencionalidad y propósito del ensayo ha sido importante revisar los aportes que el profesor Humberto Maturana hace con conceptos como autorreferencia, autopoiesis y determinismo, todos estos, características de los sistemas cerrados que ayudan a entender la incongruencia en la denominación sistémico construccionista.

CONSTRUCTIVISMO Y CONSTRUCCIONISMO SOCIAL: UNA REVISIÓN TEÓRICA DE LAS DIVERGENCIAS.

La aparición del paradigma posmoderno implicó tomar distancia de las ideas modernas acerca de la construcción del conocimiento, las cuales atendían a una realidad externa que el sujeto podía conocer a través de una observación directa. Es decir, el sujeto ocupaba un papel pasivo en la construcción del conocimiento, pues simplemente observaba una realidad objetiva común para todos. De esta manera el conocimiento válido era concebido como aquello que podía ser observado, medido y cuantificado.

Por el contrario, la visión posmoderna “plantea la construcción como la forma de llegar al conocimiento” (Agudelo & Estrada, 2012, p357). Desde esta mirada no se concibe un mundo separado del observador, más bien se propone que la realidad es construida por cada ser humano y por tal motivo resulta imposible entenderla como objetiva o como una verdad absoluta; de esta manera se reconoce la existencia de tantas realidades como seres humanos hay.

Dentro del pensamiento posmoderno se ubican diferentes posturas, entre las cuales están: el constructivismo y el construccionismo social, que comparten una perspectiva construccionista, pero que divergen en el cómo se lleva a cabo ese proceso. “Para los constructivistas se hace desde la perspectiva individual ligada a sus percepciones, experiencia y estructura mental, y para los construccionistas desde el punto de vista de un intercambio entre individuos que comparten un contexto cultural” (Agudelo & Estrada, 2012, p.357).

El constructivismo pone el énfasis de la construcción en lo individual y privilegia los procesos internos, entiende que la realidad es construida por el ser humano a partir de esquemas previos que han sido asimilados y puestos en interacción con el mundo social a través del lenguaje.

Es importante aclarar que al decir que el constructivismo pone especial énfasis en la esfera de lo individual, éste no está negando la influencia de lo social, es solo que dentro del proceso de construcción del conocimiento y de la realidad, le da un lugar al sujeto pero lo entiende en relación sistema entorno en clave de coevolución. Es decir, reconoce a un sujeto que presenta una estructura inicial en la que se dan unos procesos cognitivos, psicológicos y biológicos, que en relación con el medio e interdependencia con lo social, tiene la capacidad para generar cambios y actualizar dicha estructura y a su vez transformar el entorno.

El construccionismo social no hace esta lectura de la relación sistema entorno, dándole lugar sólo a la influencia de lo social en el proceso de construcción de la realidad, siendo los espacios discursivos los únicos que dan sentido y significado a la experiencia humana. Esta distinción constituye una de las divergencias más significativas entre el constructivismo y el construccionismo, y es una de las razones por las cuales se denomina dentro de este ensayo al constructivismo como un paradigma, pues brinda un sustento epistemológico, teórico y metodológico claro de cómo los seres humanos participan activamente en la construcción de su realidad. Por el contrario, el construccionismo es denominado como un modelo, incluso un modelo constructivista, pues comparte la

metáfora del conocimiento como algo construido por los seres humanos, pero demuestra falta de claridad e incongruencia en el sustento epistemológico que trata de explicar.

El construccionismo “asume que nuestros modos de describir, explicar y representar la realidad derivan de las relaciones” (Molinari, J., 2003, p.8). Pone el énfasis en el conocimiento -como resultado de la interacción social dada entre los sujetos que comparten un contexto cultural, plantea que solo a través del lenguaje y de la conversación con otros es posible la construcción de acciones con sentido y significado.

De esta manera el lenguaje asume un papel fundamental en el proceso de construcción desde ambas posturas, siendo para el constructivismo el vehículo a través del cual los seres humanos ponen en interacción con otros su realidad individual, con el fin de modificar y contrastar sus esquemas logrando nuevas configuraciones de realidad. De esta manera el lenguaje es entendido como la forma en que los sujetos intercambian información con el mundo.

Por su parte, el construccionismo social trasciende la idea del lenguaje como puente para el intercambio de información. Propone, por el contrario, que sólo a través de éste se construye realidad, ubica a la conversación y al diálogo como condición necesaria para que pueda existir el conocimiento; en ausencia de éste es imposible llevar a cabo la construcción de acciones cargadas de sentido.

Es importante mencionar el relativismo como característica esencial del construccionismo. Al no tener en cuenta los procesos individuales en la construcción de la realidad, sostiene que toda construcción resulta relativa al contexto donde se da, es decir,

ningún punto de vista tendrá validez universal, sino una validez subjetiva que dependerá del marco de referencia en donde se desarrolla.

Al respecto Gergen, en su libro *El yo saturado*, asegura que la objetividad es imposible, en tanto todo conocimiento es relativo a la comunidad a la cual pertenece (1991 p14). Es decir, el conocimiento que se construye en un espacio discursivo específico puede no ser válido en otros espacios en los que el mismo sujeto participante esté inmerso. Adicionalmente Gergen (citado por López, 2013) afirma que “las formas que toma el conocimiento de la realidad y del yo están determinadas por la influencia que ejercen las estructuras sociales e ideológicas sobre la forma de pensar en los sujetos” (p.12). Nuevamente con esta postura se invisibiliza el poder individual de lo humano, dejándolo reducido al determinismo cultural que hace que el conocimiento, como lo expresa Gergen en el texto de López, sea “simplemente una construcción reproducida por medio de operaciones lingüísticas cotidianas en el seno de discursos previos al sujeto” (p.13).

EL relativismo entonces cae en la idea de que todo conocimiento es válido por un lado porque se aleja de la objetividad, de reconocer una realidad externa al observador, pero por otro ninguna construcción es válida, solo de manera subjetiva y relativa al contexto en donde se produce. Al respecto Haraway sostiene “el relativismo es una manera de no estar en ningún sitio mientras se pretende igualmente estar en todas partes” (1995, p 303)

Finalmente, puede observarse entonces que el construccionismo gira en torno a lo social, desplazando la esfera de lo individual, ubicándose en una posición reduccionista, donde queda invisibilizada la importancia de los procesos internos en la construcción de

conocimiento y realidad. Por su parte el constructivismo, aunque pone su énfasis en lo individual, reconoce la interdependencia que existe entre esta esfera de lo humano y la dimensión social, permitiendo la comprensión de los fenómenos de manera holística e integral.

Cabe resaltar que este texto se remite al concepto de constructivismo sistémico, diferenciándolo del constructivismo piagetiano. Por su parte, este último desarrolla su teoría a partir de la epistemología genética, cuyos postulados asumen que el conocimiento se desarrolla mediante un proceso activo por el sujeto, interno e individual, dinámicamente con el entorno (objeto), en el cual, el sujeto se acerca con una estructura previa al objeto, estructura que va construyendo en el tiempo de acuerdo con su desarrollo evolutivo. El conocimiento trasciende en un proceso de reestructuración y reconstrucción; el constructivismo piagetiano se ha ocupado principalmente del estudio de estructuras mentales, razonamiento formal y procesos cognitivos de asimilación, acomodación, equilibrio... donde se desarrollan la teoría de las etapas, teoría de la equilibración, complejizándose intelectualmente para realizar operaciones cada vez más profundas sobre sus nuevos objetos de conocimiento; en ese caso el postulado gira en torno al sujeto que construye de acuerdo con una necesidad cognitiva.

En el constructivismo piagetiano, a partir de las concepciones de los procesos intermedios que se dan entre estímulo y respuesta, se concibe el conocimiento como un proceso subjetivo que los lleva a comprender el método, cómo se forma, organiza y cambia el conocimiento en sus correspondientes etapas, donde lo externo es un medio para el

desarrollo intelectual del pensamiento humano, resultado de su experiencia evolutiva, a través de un conocimiento previo y genético.

Por otro lado, resaltando el constructivismo como un paradigma epistemológico que dicta sobre conocimiento el resultado de operaciones producto de un observador, los aportes realizados por la biología del conocimiento y de la mano con la cibernética de segundo orden, convergen con una lógica de los sistemas autopoieticos (Maturana). En el texto de Epistemología aplicada: constructivismo sistémico, el autor Marcelo Arnold Cathalifaud aclara,

Para el constructivismo el conocimiento emerge al indicar y describir observaciones, esto es: haciendo distinciones, cuyos resultados constituyen pisos autorreferidos para la emergencia de nuevas distinciones. Tales indicaciones de diferencia son, simultáneamente acciones epistemológicas y constitutivas – ontológicas - en tanto actúan sobre el conocer y el ser que conoce, definiendo, en su conocimiento, compromisos para su reproducción, es decir, su futuro (150).

Al observar, el observador siempre tendrá una lógica de su observación, un esquema desde donde realiza su distinción, develándose como un sistema observador. Maturana, a partir de sus estudios sobre la biología del conocimiento, explica la autorreferencialidad, el concepto de autopoiesis, clausura operacional y determinismo estructural. “El observador constituye la unidad de lo observado, proceso que realiza mediante distinciones hechas por él, autorreferidas a sus propias determinaciones. Ello determina el hecho que los sistemas observadores no pueden dejar de referirse a sí mismos en cada una de sus operaciones” (Cathalifaud, 2000, p151.) El constructivismo sistémico, como base reconoce la construcción

del conocimiento dinámicamente, donde existen sistemas observantes; por tanto, al ser humano se le percibe como un sistema en otro sistema, donde la verdad es relativa a la utilidad que se le atribuya.

Se lee entonces al constructivismo sistémico bajo la lógica de la cibernética de la cibernética o cibernética de segundo orden, donde se le da un lugar importante al observador, el cual se incluye de manera integral como parte del sistema observado.

La lectura diferencial de los fenómenos humanos que hace cada una de las posturas, lleva comprensiones igualmente distintas de las categorías psicológicas del yo, el proceso de cambio y la intervención psicoterapéutica, las cuales se desarrollan con mayor profundidad a continuación.

CONSTRUCCIÓN TEÓRICA DEL CONCEPTO DEL YO DESDE EL PARADIGMA POSMODERNO: CONSTRUCTIVISMO Y CONSTRUCCIONISMO

El concepto del yo, al igual que otros conceptos fundantes para la psicología, ha sufrido a lo largo de la historia transformaciones que se dan como resultado al momento histórico cultural desde el cual se observa. Ejemplo de esto es la concepción romántica en la cual el yo se explicaba desde una visión de la pasión, el alma y el temple moral, es decir, desde fuerzas sagradas que habitan el ser, que en algún momento de la evolución dejó de ser suficiente y necesitó transformarse. Llegando la concepción moderna, la cual respondía a una mirada desde la razón y la observación, como principales fuentes del funcionamiento humano. Esta nueva posición supuso también una nueva lectura de la realidad como algo

externo del observador que podía ser conocido de manera objetiva por éste, lo cual lo llevaba a ocupar un lugar pasivo en el proceso del conocimiento.

Pero esta postura también se volvió limitada cuando la duda y el cuestionamiento por el ser humano y la construcción de su identidad se ubicó en un momento histórico diferente. La posición activa del sujeto dentro de los procesos sociales y la aparición de nuevas formas de relación, comunicación e interacción, pusieron en evidencia que la visión moderna se quedaba cada vez más corta en sus respuestas, dando cabida a otras maneras de comprensión más amplias que brindaban a los seres humanos propuestas novedosas. Es aquí donde los postulados posmodernos entran en auge con la idea de realidad como construcción, que le dan protagonismo al sujeto entendido como agente pasivo hasta ese momento.

Como se mencionó en el apartado anterior, dentro del paradigma posmoderno se encuentran incluidas las posturas construccionistas y constructivistas, las cuales presentan diferencias teóricas y prácticas que llevan a construcciones igualmente diferentes del concepto del yo. De esta manera, el constructivismo privilegia los procesos internos y reconoce que la realidad es una construcción humana que se da a partir de la interacción entre los esquemas mentales asimilados y ajustados previamente, con el mundo social a través del lenguaje. Así mismo, la construcción del yo, es decir la conformación de la propia visión del mundo, los valores y creencias, se da a partir de la interacción entre las estructuras previas con que cuenta el sujeto, dadas por asimilación y ajuste con el mundo exterior, con la palabra ajena que circula fuera de él, a través del lenguaje, considerado desde las posturas constructivistas como el instrumento que facilita el intercambio con el

mundo y con otros. De dicha relación se modifican o renuevan las preconcepciones del sujeto.

Desde este paradigma el yo es entendido como unidad autopoietica, es decir, como un sistema que tiene la capacidad de producirse a sí mismo y de especificar sus propios límites. Esta idea de límite funciona como un filtro entre el sujeto y la innumerable e incesante información dispuesta en el contexto, permitiendo así la entrada sólo de aquello que resulte relevante para la construcción, y que será transformada y cargada de significado por medio de los procesos internos.

En algún momento se pensó que los sistemas autopoieticos, sistemas clausurados en su operación, no permitían el intercambio de energía y elementos con el exterior y por tal motivo resultaba difícil comprender a los seres humanos bajo esta mirada, pues es innegable que se hace indispensable la transacción con otros para la supervivencia del sistema. Ahora, la clausura de los sistema es entendida de manera diferente; el concepto de límite brinda una nueva mirada que permite observar cómo existe intercambio y transacción de energía, de manera limitada, filtrada, de tal forma que aquello que llega del exterior es recibido por el sistema sólo si es relevante para el proceso de construcción, pero es recibido para ser transformado por el propio sistema. Al respecto Luhmann refiere “este tipo de cierre / clausura no deberá entenderse como aislamiento. Sería absurdo retroceder a disposiciones teóricas que ya han sido discutidas ampliamente, en el sentido de que se sabe, desde hace tiempo, que lo sistemas dependen material y energéticamente del entorno” (1998, p21.).

Ya por su parte, el construccionismo entiende el concepto como una configuración que se da a partir de las relaciones que se establecen en contextos específicos, es decir que la identidad, el yo o el self “es el resultado de las implicaciones de los seres humanos en espacios discursivos” (Gergen & Warhus).

Desde esta postura el yo no constituye una entidad intrapsíquica, sino una dimensión narrativa que se da dentro de un espacio de conversación específico. Por lo tanto es inestable y no mantiene una continuidad temporal, pues el sujeto es construido de una manera diferente en cada una de las relaciones que mantiene (Molinari, 2003).

Así, la identidad – realidad se construye en la interacción con otros a través del lenguaje. Es decir que la esencia de lo individual se desdibuja, y la postura del sujeto como un ser social abarca totalmente el interés. Allí los procesos cognitivos y emocionales (procesos internos) juegan un papel que los pone al servicio de lo interaccional relacional.

En este punto es importante advertir que esta postura es compartida entre las dos teorías, la tensión está en el descentramiento que el construccionismo hace del individuo hacia lo social, lo cual en sí mismo no reviste una gran novedad, ya que el conocimiento se da como construcción social en donde el individuo cumple un rol, es decir, descentrarse del individuo no tiene inconveniente (teóricamente) en la medida que no se pierda de vista y se le dé un lugar en la relación sistema entorno. También el punto de tensión está en que el construccionismo no lee esta relación con claridad, por lo tanto no entiende la relación de estos dos en clave de coevolución en donde son interdependientes, es decir, sistemas psíquicos y sistemas sociales son autorreferentes e interdependientes. Negar lo individual

ideológicamente puede ser viable para legitimar la construcción social más allá de los individualismos (lo cual es ingenuo), pero es igualmente ingenuo pensar que la construcción social no está hecha por individuos que coevolucionan y son parte del sistema social. Negar lo individual nos hace incurrir en miradas reduccionistas de la construcción de la realidad. Pero también es importante advertir algo, el constructivismo o mejor dicho la gran mayoría de constructivismos, en especial el llamado constructivismo radical, sí hablan de la emoción, el lenguaje, del individuo, pero no solipsistamente, no niegan la interdependencia con lo social; esa es una lectura inadecuada que hace el construccionismo de lo constructivista y de lo sistémico. Cuando el construccionismo social critica a la teoría de sistemas por reduccionista individualista, a quien hace la crítica es a la teoría de sistemas abiertos de Bertalanfy, que está parada desde una cibernética de primer orden en donde es cierto, al menos en psicoterapia, el terapeuta asume una postura directiva, no necesariamente se reconoce en la observación que realiza y actúa pragmáticamente, orientado al cambio, sin desconocer la relación terapéutica. Lo que no hace el construccionismo social es hacer una lectura de la teoría de sistemas cerrados, autopoieticos, y cuando la hacen incurrir en una poca comprensión de lo que se entiende por sistema cerrado, situación que igualmente le sucede a muchos sistémicos, planteando que lo cerrado es sinónimo de solipsismo intrapsíquico, de no relación con el entorno, de no intercambio de energía; lectura que es por demás desacertada de lo que es un sistema autopoietico, que claramente plantea ser un sistema cerrado, que opera en clausura operacional como condición para la apertura y para la relación con el entorno, es decir, el sistema opera en autorreferencia, autónomamente, y está determinado por su propia estructura. Eso no quiere decir que no observe la cultura y los diferentes sistemas sociales y

mucho menos que no se relacione (sería imposible e ingenuo pensarlo); esto quiere decir que individuo y cultura se retroalimentan y coevolucionan a partir de sus propias estructuras. Es imposible pensar que no exista intercambio de energía, es imposible pensar que lo intrapsíquico, así quisiéramos, sea posible alejado de un contexto y que no se determinen mutuamente, pero tampoco es posible pensar una construcción social sin individuos, sin psiquismos; es insostenible esta postura.

Así la pregunta por ¿quién soy? apunta a un mundo de posibilidades, pues entiende que existen tantas respuestas como interacciones y vínculos se establezcan. Desde cada dominio de existencia puede construirse un yo con voz propia. La pregunta que surge al ubicar esto en el espacio clínico de la psicoterapia sería ¿Qué voz privilegiar cuando hay en un solo sujeto voces que se contradicen y entran en conflicto?

Es aquí donde se establece una propuesta de integración de dichas voces, que no son sino la narrativa fracturada de un sujeto que, aunque como ser social está inmerso en la cultura, también establece una serie de procesos individuales que lo han llevado a construir su identidad a partir de sus experiencias y el significado que le da a estas en retroalimentación con el medio social. De esta manera se sientan las bases para lo esencial que acompaña a los individuos en cada uno de los roles que ocupan en la vida, por más diferentes que estos sean.

Con respecto al carácter inestable y no unificado del yo propuesto por el construccionismo social, Gergen menciona

el mundo posmoderno, en el cual ya no hay ninguna esencia individual a la que uno deba adherirse o permanecer fiel, la identidad propia emerge de continuo, vuelve a conformarse y sigue en una nueva dirección a medida que uno abre paso por el mar de las relaciones en cambio permanente (1992)

Esto implicaría narrar nuevas historias en cada uno de los encuentros terapéuticos, pues sería lógico pensar que han estado en tal devenir que parecen ser otras diferentes.

Cabe resaltar que dentro del ejercicio terapéutico se espera lograr nuevas integraciones de significados en la narrativa del consultante (y del terapeuta) que le permitan nuevas posibilidades de enfrentarse a sí mismo y al mundo, pero guardando eso común, esa esencia que da cuenta de quien habita al sujeto.

La idea anteriormente mencionada del devenir y la falta de unidad del yo, expresada en múltiples yoes, recuerda la idea de la hiperrealidad propuesta por Gergen donde pareciera ser que el sujeto resulta siendo la suma del cúmulo de identidades pasajeras que emergen de las diferentes relaciones e interacciones que sostiene a lo largo de su vida, y de las interpretaciones y los sentidos que los otros inscriben de éste en la red circulante de significados. Esta construcción de lo identitario sólo se materializa desde allí, desde la mirada, sustento y apoyo del otro, según lo afirma Gergen cuando menciona en su texto “si uno tiene una identidad, solo se debe a que se lo permiten los rituales sociales en que se participa; es capaz de ser esa persona, porque esa persona es esencial para los juegos generales de la sociedad” (1992).

Incluso la esfera de lo intrapsíquico se ve tan invisibilizada que Gergen asegura que las palabras de cada uno carecen de sentido hasta que otros ponga sobre ellas su consentimiento. Lo anterior parece ir en contravía a la idea que se tiene del conocimiento, tanto del terapeuta como del consultante, como válido y pertinente que aporta a la co-construcción de nuevos sentidos y significados en el espacio terapéutico. Es decir, se encuentra válido sólo aquello resultante del vínculo.

En la misma dirección, Paulo Freire (citado por Espino,) asegura “queda claro que el auto reconocimiento solo es posible en el reconocimiento a la plena alteridad del otro” es decir, se da nuevamente importancia y determinismo a la palabra y valoración de otros sobre los demás, como requisito para ser en el mundo.

La dicotomía individuo – sociedad, en que caen las discusiones constructivistas y construccionistas, no se aleja de la discusión que la política, la economía y la cultura han tenido a lo largo de la historia, pues cada una de ellas busca elaborar teorías que expliquen el desarrollo de los humano enfatizando en una u otra postura de la dualidad. Resulta interesante entonces observar cómo ninguna que se dirija hacia un extremo de la cuerda resulta lo suficientemente completa para explicar algo tan complejo como la existencia humana.

En lo que respecta a la tensión constructivista y construccionista del concepto del yo, donde cada uno se ubica en una orilla sin atreverse a nadar juntos, Maturana logra formular una postura conciliadora que reconoce claramente la existencia del carácter social e individual en el ser humano. Al respecto afirma “los seres humanos somos seres sociales:

vivimos nuestro ser cotidiano en continua imbricación con el ser de otros” (2006, p.71), pero ese sería un solo lado de la moneda. Así que en la mirada integral que propone el autor continúa diciendo “al mismo tiempo los seres humanos somos individuos: vivimos nuestro ser cotidiano como un continuo devenir de experiencias individuales intransferibles” (2006, p.71)

AUTORREFERENCIA: IMPLICACIONES EN EL ORDEN DE LO TEÓRICO DE LA DENOMINACIÓN SISTÉMICO CONSTRUCCIONISTA

Sería insostenible pensar que el proceso de autorreferencia en el contexto psicoterapéutico, concepto clave del operar de la teoría de sistemas cerrados, sería plausible pensándolo desde la idea que el construccionismo social tiene del Yo. Se retoma el concepto del Yo al estar implicado directamente en el ejercicio de autorreferencia, realizando además conjuntamente la lectura desde lo que el Constructivismo plantea acerca del Yo, donde lo considera “como un proceso antes que como una entidad; una entidad que se autoorganiza y autoactualiza continuamente, un organismo autopoyético...” (Jubés, Laso, y Ponce, p. 2-3).

Lo anterior no tiene la intención de afirmar que el construccionismo social planteó desde su mirada el concepto de autorreferencia, sino para ampliar el sustento en el orden de lo teórico de la tensión e incongruencia que surge, como en un principio en este texto se planteó de lo que implica autodenominarse psicoterapeuta sistémico-construccionista, leído desde el ejercicio de la autorreferencia, por ser una categoría central en la teoría de sistemas

cerrados, ya explicados. Es decir que, autodenominarse sistémico-construccionista no es coherente en el orden de lo teórico.

Ya se ha afirmado que el Yo, desde el constructivismo, es situado en un lugar donde cobran importancia las instancias intrapsíquicas en interdependencia con un contexto. Esto implica la aceptación de procesos y construcción de realidad y significados a partir de las estructuras mentales, previas, y de la cognición del sujeto en relación con un contexto. Dicho de otra forma, “el mundo, en esta epistemología, se concibe en su dimensión humana en cuanto en él se entrecruzan estímulos naturales y sociales que las personas procesan activamente desde sus operaciones mentales para comprenderlo y adaptarse a él, organizando su universo experiencial y vivencial” (Agudelo y Estrada,, 2012, p. 358).

Al considerar al Yo como un organismo autopoiético, que es el mecanismo de operar de los seres vivos, lo define capaz de autoproducirse, autoactualizarse y ser autónomo, determinado por su estructura.

Por su parte el construccionismo social concibe desde sus planteamientos al Yo privilegiando una mirada relacional, un Yo social, que se construye únicamente desde la negociación interpersonal, en el discurso de una cultura específica, desde allí “la identidad se configura en torno a las relaciones. El sujeto es social disuelto en estructuras lingüísticas” (Agudelo,& Estrada, 2012, p. 375).

Lo anterior ya da idea, de cómo se concibe la categoría del Yo desde los planteamientos que realizan el constructivismo y el construccionismo social, para la

comprensión del operar del principio de la autorreferencia en la denominación psicoterapeuta sistémico-construccionista.

Autorreferencia es, entonces, un observar hacia sí mismo a partir de un otro, metaobservación, para ver lo que antes no había visto o lo que ya conocía, pero desde un lugar diferente, sea el sistema consultante o el terapeuta, generando novedosas distinciones para la emergencia de algo nuevo a través del proceso de la reflexividad; operando así el cambio en autorreferencia, reflexividad, autopoiesis en una relación de co-evolución entre sistema-entorno.

Para Francisco Varela (1998, citado por Garzón, 2008)

La noción de autorreferencia, sinónimo de circularidad y reflexividad, tiene tres figuras entrelazadas que circulan, pero que pueden mantener distinciones”, éstas serían: “en un primer nivel estaría la reflexividad...”, “la segunda figura está en la reflexividad como clausura operacional... La clausura no es cierre, es decir, ausencia de interacción o la separación respecto del mundo. Se trata más bien de otra manera de comprender la forma en que un sistema se articula con su mundo”, y “el tercer nivel está asociado a la cibernética de segundo orden...(p.128).

Por lo tanto, no se podría hablar de autorreferencia desconociendo la categoría y el sentido del Yo, entendido bajo un proceso que necesariamente mira hacia sí mismo, que para operar en autorreferencia es capaz de observarse a partir de otro y que, a la vez, el sujeto que observa opera de tal manera que es un observador de sus observaciones, esto es cibernética de la cibernética, no se observa desde la categoría de lo objetivo porque ésta niega la participación del observador en ese mismo observar. En palabras de Bradford P.

Keeney (1994) “dado que la cibernética de la cibernética, o lo que Von Foerster llama ‘cibernética de segundo orden’, sitúa al observador en el seno de lo observado, toda descripción es autorreferencial” (p.94-95).

Entonces la autorreferencia no sólo opera bajo un Yo individual, ni únicamente bajo un Yo social como lo privilegia el construccionismo social. Es un proceso donde si bien el Yo sé autoactualiza (constructivismo), es autopoyético, para la autorreferencia como condición necesaria de su operar se da con un otro que presta un lugar diferente creativo desde donde se mira el terapeuta y consultante.

Supone entonces que desde dicha lectura no se fragmenta al Yo en individual y social, se vive la autorreferencia por un sujeto activo en sus procesos de conocimiento, co-creador de su realidad, con experiencias en dominios espirituales, emocionales, cognitivos, relacionales que desde luego se construyen tanto individualmente como producto de la actividad consciente, voluntaria y cognitiva, como también es resultado de la red de relaciones en la que todo ser humano está inmerso inevitablemente.

Por lo tanto, se considera que si un psicoterapeuta se autodenomina sistémico-construccionista social, teóricamente hay tensión y contradicción, debido a que ser sistémico necesariamente implica reconocerse autorreferencial, donde a su vez involucra a un Yo que se autoactualiza y se autoorganiza, donde el Yo no es o individual o social; se requiere de un otro en una relación pensada de co-construcción, co-evolución y, simultáneamente de un ser (individual) que se piensa, re-significa y se involucra creativa, novedosa y reflexivamente al observar observándose, y que se incluye en lo que observa.

Al respecto Maturana (1998, citado por Garzón, 2008) dice: “un ser humano no es un individuo sino en el contexto de los sistemas sociales en los cuales se integra, y sin seres humanos individuales no habría fenómenos sociales humanos” (p.125).

Entonces, si se dice ser sistémico-construccionista por un lado es como si se legitimara ser un ser autorreferencial (sistémico), y al decir ser construccionista es como si a la vez lo que legitimó al ser sistémico lo deslegitima al pensarse construccionista social, porque esta mirada desconoce al yo individual que piensa, que sufre procesos cognitivos, mentales, internos como lo plantea el constructivismo, y que indudablemente participa en el ejercicio de observar la observación y observarse en ella, desde el contexto de la psicoterapia.

Quedan las siguientes preguntas al no ser así: ¿quién entonces observa la observación y se incluye en lo observado en el contexto psicoterapéutico: la cultura, los discursos, el lenguaje?, ¿en dónde se dan esos procesos de observación de segundo orden sino en las estructuras mentales, claro a partir de un otro, en un contexto?, ¿cómo opera entonces la autorreferencia en el contexto terapéutico siendo construccionista social, si al individuo (terapeuta y consultante) no se le valida desde esa individualidad; entonces, cómo se puede realizar la observación a sí mismo a partir de otro (autorreferencia), si no hay un individuo que realice la observación y que se observe en esa observación, sólo contextos discursos cultura?.

Por lo tanto, resulta contradictorio teóricamente pensarse sistémico-construccionista. Como argumento se trae a la memoria la vivencia de una psicoterapeuta

develando desde su expectativa clínica la pertinencia del concepto mencionado (autorreferencia), siendo para ella un lugar único hacia el cambio del sistema consultante; paralelamente se puntúa para el lector del texto el operar del mismo.

Caso 1. Autorreferencia del psicoterapeuta

Recuerdo claramente que una de mis grandes expectativas frente a la psicología era ayudar a muchas personas; pensaba en el escenario clínico, y la imagen que venía a mí era el típico diván donde las personas hablaban y el psicólogo escuchaba para luego decir un par de palabras cargadas con un poder curativo. Ahora, luego de terminar el pregrado, puedo decir que evidentemente es una idea cliché. Nunca pensé en el efecto bidireccional del ejercicio psicoterapéutico desde un rol de terapeuta; no imaginaba que era un dar y recibir. Pero cuando me inicié en el ejercicio terapéutico, necesariamente llegó un momento donde siento que recibí de mis consultantes más de lo que yo pude darles a ellos.

La psicoterapia ha sido en mi vida el encuentro con la luz y con la más profunda sombra que se revela en el encuentro con el otro. Ese encuentro se da a partir del momento en que empiezo a darme cuenta que cada uno de mis consultantes y sus historias de vida generaban una emoción particular en mí (la terapeuta en ejercicio de reflexividad); algunos me conectaron con la rabia, con la tristeza, con la frustración y con el amor. Se hizo necesario -preguntarme todo el tiempo por lo que eso que escuchaba tenía para decirme de mí, de mi historia, de mis asuntos sin resolver (reflexividad en clausura operacional, en relación con el entorno/sistemas consultantes, de acuerdo con la determinación de su estructura a nivel de su experiencia de vida). Eso me llevó, por un lado, en el inicio, a sentir

confusión frente a los casos que llevaba, pues me generaba incomodidad no entender qué pasaba ni con el consultante ni conmigo, y eso evidentemente se reflejaba en el poco progreso de las sesiones y el culpar al consultante por ello. Como lo mencionan Siegel y Lowe, en su libro El paciente que curó –su terapeuta, “Hay que decir francamente que a menudo la causa del callejón sin salida es la resistencia del terapeuta a reconocer su propio conflicto no resuelto” (1995, p.160). Se convierte en un inicio en algo amenazante escuchar el dilema del otro, pues se escucha casi como propio, y por tal motivo se da el bloqueo, generalmente relacionado con escuchar con la cabeza y no con la emoción.

Pero lo que he entendido de lo que significa convertirse en un buen terapeuta, tiene que ver con permitirse observarse desde la historia del otro y entender que hago lectura de ella desde un lugar particular de mi propia historia, que en algunos casos resulta conflictiva y requiere también ser revisada y sanada (cibernética de segundo orden, la psicoterapeuta observando sus propias observaciones). Y a medida que ese proceso de lo autorreferencial se va convirtiendo en parte implícita del vivir del terapeuta empiezan a darse claridades que le brindan ahora al consultante otro lugar desde el cual puede observarse. Es decir, cuando como terapeuta estoy confundido es desde la confusión donde se observa el consultante (reflexividad del consultante, movido por la interacción del sistema terapéutico, desde donde se posiciona el terapeuta); pero cuando tengo claridad frente a mí mismo, el consultante puede observarse desde esa claridad y empezar a fluir y a entender nuevas cosas sobre sí.

Entonces, es así como puedo asegurar desde mi experiencia clínica que opera el cambio. Desde la posibilidad de observarme en el otro y de que el otro se observe en mí

para co-evolucionar, es decir que cuando evoluciono le muestro al otro nuevas posibilidades para su propia evolución, y viceversa. Por tanto, sugiero que es de vital importancia la calidad del vínculo que se genera en el sistema terapéutico, pues éste facilitará o limitará la autorreferencia tanto del consultante como del terapeuta.

Recuerdo con bastante aprecio y agradecimiento el caso de dos mujeres, madre e hija, que llegan a consulta de manera individual en momentos diferentes, pero entiendo que el dilema de ambas tiene que ver con la relación que existe entre ellas. Cada una de estas mujeres empieza a generar en mí emociones distintas que hacen que en consulta yo tome una posición determinada frente a ellas. Por un lado, con la madre me convierto en una hija, y con la hija me convierto en una madre. Al inicio esto me incomoda, pues en la relación con la madre me siento pequeña, vulnerable y poco reconocida, y con la hija, por el contrario, me sentía autoritaria, impacientada con su pasividad y con una sobre-expectativa sobre ella, que al no ser cumplida me frustraba profundamente. Sentía que nada pasaba, que las sesiones no avanzaban y mi incomodidad crecía, a la vez que actualizaba una imagen negativa de mí relacionada con no ser lo suficientemente buena como para generar impacto en la terapia.

Los procesos autorreferenciales me permitieron pensarme en relación con la historia de estas mujeres, y con ellos darme cuenta que mi incomodidad con ellas no era más que una incomodidad profunda conmigo misma en mi rol de hija. Esto implicaba entonces que algo tenía que pasar conmigo para que a su vez algo sucediera con estas mujeres, que hasta ahora sólo habían podido observarse desde mi estancamiento. Y fue así como, con un trabajo personal, la emoción frente a mis consultantes empezó a cambiar (la autorreferencia

permanente actualiza al psicoterapeuta en su ejercicio profesional, permitiendo cambio y evolución en el sistema consultante), pero ésta cambiaba porque la emoción frente a mis asuntos lo hacía también y me daba más claridad que me permitía leer de manera diferente los dilemas de estas mujeres, y que al hacerlo parecía que ellas también ganaban claridad frente a ellas mismas. Entonces, mi evolución favorecía la evolución de madre e hija y, a su vez, ésta tenía impacto en mí. Este fue un claro ejemplo donde yo podía observar el cambio operando en autorreferencia.

Puedo decir que la psicoterapia me ha permitido dar mucho de mí, pero de igual manera me ha permitido recibir cosas maravillosas, a adoptar una posición de aprendiz de mí misma, de la vida y de mi ejercicio psicológico profesional. Y lo mejor de todo es que nunca acaba, su poder es infinito, sólo es necesario aprender a reconocerlo.

IMPLICACIONES DE LAS CONSTRUCCIONES CONSTRUCTIVISTAS Y CONSTRUCCIONISTAS ALREDEDOR DEL CONCEPTO DEL YO EN PSICOTERAPIA.

Es importante reconocer que las diferencias teóricas que se dan alrededor de la construcción del concepto del yo, desde miradas constructivistas y construccionistas, implican diferencias significativas en la praxis. Esta idea toma fuerza con los planteamientos del profesor Guillen Feixas, que al respecto propone: “la visión que uno tiene del ser humano, influye en la manera de estar, en la manera de hacer la psicoterapia” (1994, p.304).

A partir de lo anterior, en este apartado se tendrán en cuenta dos aspectos a profundizar en relación con los procesos psicoterapéuticos y la implicación práctica que tiene leerlos desde el paradigma constructivista y los planteamientos construccionistas. Por un lado el concepto de cambio, es decir, cómo concibe cada una de las posturas el proceso de transformación del sujeto implicado en un espacio terapéutico y, por otro, la relación terapéutica, entendiendo en ella la posición que se da a la figura del terapeuta y al consultante dentro del sistema de relación de la psicoterapia.

El concepto de cambio

Retomaremos la idea del constructivismo acerca de que cada ser humano es responsable de su conocimiento, es decir, que cada persona en el mundo es responsable de la historia que día a día se cuenta a sí misma, entendiendo que esa historia es la que mayor significado y coherencia tiene para él o ella.

Entonces, desde esta postura constructivista entendemos al consultante como aquel que llega al espacio psicoterapéutico con una versión de sí mismo, que ha constituido hasta ese momento su mejor alternativa, pues da coherencia a las construcciones personales que hace de su historia, pero que, a su vez, están siendo fuente importante de sufrimiento.

Con lo anterior, puede entenderse que desde el paradigma constructivista la responsabilidad del cambio se posa sobre la propia persona, pues esta posee, según Feixas (1994), una sabiduría implícita que le permite hacer una negociación de significados, es decir, transformar el significado que él mismo está dando a su experiencia. Este constituye a su vez el principal objetivo de la psicoterapia constructivista.

Por otro lado, el desplazamiento que el modelo construccionista hace de un aspecto humano tan importante como lo es la esfera intrapsíquica, genera que ese objetivo de empoderar y responsabilizar al sujeto de su historia dentro de proceso psicoterapéutico se vea obstaculizado, pues “el cuestionamiento del yo le prohíbe atribuir responsabilidad a la agencia al paciente: la desviará a su grupo inmediato, su sociedad o su cultura” (Jubes, Laso & Ponce,p.9). Esta idea permite observar la postura determinista que el construccionismo social adopta en cuanto a los sucesos culturales y sociales que preceden a una persona, y que inciden en la manera como esta postura concibe el proceso de cambio.

Ese no preguntarse deja en evidencia cómo el yo no está concebido como unidad autopoietica desde el construccionismo social, y por tanto el sujeto no es visto como ser autorreferente.

La ausencia de límites, es decir, el no constituirse como unidad autopoietica hace precisamente que se caiga en el determinismo cultural, puesto que no existe algo que filtre la información que llega al sujeto de manera indiscriminada de diversas y múltiples fuentes sensoriales; ese mecanismo que le permita al sujeto hacer una selección de aquello que es relevante para su proceso de construcción. Así mismo, la irrelevancia de los procesos internos como la cognición y la emoción, abre la posibilidad de pensar en cómo esa información que llega de manera indiscriminada no sufre ningún tipo de transformación una vez inserta en el sujeto. Esta información circulará a través de redes de significados sin la carga personal que, por ejemplo, una postura constructivista propondría.

Esta idea de determinismo cultural puede contrastarse con los estudios del profesor Humberto Maturana acerca de la herencia y el medio ambiente. Allí se hace la pregunta por aquello heredado y por aquello producto del aprendizaje.

El primer punto importante es entender a los sistemas vivos como sistemas determinados estructuralmente, es decir, que las interacciones entre los seres vivos y el medio que los rodea tienen como función gatillar cambios estructurales, ser provocadores de cambios en la estructura del sistema, pero nunca determinar dichos cambios. Maturana es enfático al referir “lo único que puede ocurrir en las interacciones entre un ser vivo y el medio, es que éste gatille en él cambios estructurales” (1996, p57). Esta comprensión constituye el primer punto de divergencia en el entendimiento del ser humano como simple receptor de información, que se determina por ella y que asume una posición pasiva en los procesos de construcción de realidad.

También alrededor del concepto de determinismo, Maturana propone que todos los seres vivos cuentan con una estructura inicial que lo único que determina son las características iniciales del sistema, pero que se modifica una y otra vez luego de que empieza a escribir una historia de interacciones que hacen que el sistema se encuentre en permanente cambio estructural; es decir que, nuevamente queda claro que ninguna condición externa determina al sujeto y que éste, como ser libre y autopoietico, decide qué movimientos hacer frente a estímulos presentados por el medio con el fin de generar o no cambios en su estructura. Cabe resaltar que los cambios que se dan en la estructura tienden a preservar la existencia y organización particular del sujeto. Maturana y Varela aclaran que

“Todo cambio estructural ocurre en un ser vivo necesariamente acotado por la conservación de su autopoiesis, y serán perturbaciones aquellas interacciones que gatillen en él cambios estructurales compatibles con dicha conservación, e interacciones destructivas las que no. El continuo cambio estructural de los seres vivos con conservación de su autopoiesis está ocurriendo a cada instante, continuamente, de muchas maneras simultáneamente. Es el palpar de toda la vida (2003, p67.).

Sucede desde la postura constructivista, donde el yo posee la responsabilidad de auto-organizarse y auto-actualizarse a través de la autorreferencia, pues en el conversar con el otro y al ser una unidad autopoietica permite el ingreso de nueva información que da cuenta de novedades que, interiorizadas y transformadas, le permiten generar cambios que lo llevan a buscar nuevamente el equilibrio.

Podría decirse entonces que, la postura construccionista entiende que el cambio opera sólo en la relación, es decir, se produce transformación cuando logra darse un cambio en los espacios discursivos en que está inmerso el sujeto, pero esto implica necesariamente que tiene que existir movimiento de todas las partes que conforman el sistema relacional. Si el cambio se da a nivel individual no genera impacto, pues recordemos que desde esta postura el sujeto es impensable como individuo.

Diferente sucede desde el paradigma constructivista, donde se reconoce que la construcción que el sujeto hace de sí mismo se da en un contexto histórico, evolutivo, social y afectivo que lo valida constantemente, pero que también asume la individualidad del sujeto desde sus procesos internos y el protagonismo de estos en las construcciones que éste hace de la realidad. Así, el cambio desde este paradigma es leído en clave de

autorreferencia, pues admite que el consultante requiere de otro que le preste un nuevo lugar de observación de sí mismo, que le permita auto--actualizarse y resignificar su discurso acerca de su propia historia y los agentes que actúan en ella.

El constructivismo reconoce la interdependencia existente entre el sujeto y el contexto, pues entiende que el sujeto habita lo social y lo construye día a día. Al respecto Maturana plantea “Sólo cuando el individuo cambia puede aparecer el cambio social” (1998, p107).

En el siguiente caso clínico se amplía la mirada argumentativa sobre el operar del cambio desde el ejercicio de la autorreferencia:

Caso 2. Autorreferencia del terapeuta

Éste es el caso de una niña de 8 años, quien convive únicamente con su madre, una señora de 33 años de edad, quien ejerce el rol de autoridad y cuidadora de la niña junto a una tía de la mamá de la niña, una señora de 38 años. La niña estudia en un colegio privado, pequeño, mixto, desde la edad de 3 años cuando asistía al Jardín, y actualmente está en tercero de primaria. La rectora del colegio consulta porque la niña ha sido “problemática”, y establece relaciones agresivas con pares del sexo masculino, principalmente con un compañero, que desde Jardín se agreden mutuamente, es decir, desde hace cinco años emergió y se mantuvo la pauta relacional agresiva verbal y física entre la niña y el niño; además, se alcanzaba a identificar una pauta relacional de rechazo, hostil, también defensiva hacia los hombres por parte de la niña. La niña refería que “todos los hombres

eran malos”, que “el mundo debería ser sólo de mujeres”, su deseo era estudiar en colegios de modalidad femenina.

El caso no podía ser tratado sólo con la niña, como un ser individual, sintomático y problemático, aislado de un contexto específico, al menos desde ésta perspectiva sistémica constructivista. Fue así como la comprensión se realizó desde el contexto familiar y escolar que eran agentes co-autores, en relación de interdependencia, desde donde emergió y desde donde se alimentaba la pauta relacional de agresión entre la niña y el niño. Así se desarrolló el caso en co-evolución en una relación de sistema-entorno.

En el caso en mención el cambio operó en autorreferencia cuando la terapeuta fue un otro para la observación de sí de cada sistema implicado, no sólo para la niña; fue un otro y prestó un lugar nuevo y novedoso desde donde la rectora, los docentes, la familia del niño y la niña, los pares, vieron el problema desde una mirada circular, interrelacionada, en red, contextualizada, el problema se externaliza de la niña; lo que gradualmente de manera paulatina iba permitiendo que estos sistemas se observaran de manera diferente, empezaron a verse como parte del dilema, en deconstrucción y co-construcción, lo que, a su vez, iba generando que se repensara cómo estaba siendo entendido el problema para el sistema familiar y escolar, y cómo el verlo desde ese lugar lineal estaba manteniendo y alimentando la pauta. Esto, a su vez, al generar en los sistemas reestructuraciones y nuevas miradas, facilitó ir desenredando el nudo en el que estaban inmersos con dolor, impotencia, frustración, rabia y preocupación durante cinco años. Se empezó a considerar que el problema no era la niña, ni era exclusivo de ella; ni que algo en su ser psicológico y físico no funcionaba bien, (porque a la niña también le habían realizado exámenes con

neuropediatría y demás), o que no era capaz, luego de cinco años de recibir e impartir agresión, de relacionarse de una manera más sana con los hombres.

El sistema escolar reconoció su co-responsabilidad en la mitigación de la violencia escolar, movilizándose hacia la construcción de estrategias en el interior del colegio que favorezcan ambientes de convivencia más sanos, tolerantes y respetuosos del otro, intenciones que se fueron concretando en la actualización de los reglamentos y estatutos institucionales a partir de la Ley 1620 del 15 de marzo del 2013, entre otras, como la implementación de pedagogías con sentido para los niños y niñas, en el desarrollo de las clases por parte de los docentes, con fines nuevamente hacia la mitigación de la violencia escolar, que favorecieran una mejor convivencia.

El sistema familiar de la niña también reconoce su rol en la emergencia y mantenimiento de la pauta relacional de rechazo y agresión hacia los hombres por parte de la niña, movilizándose hacia el cambio reestructurando los roles y límites respecto a la autoridad y normas dadas al interior del hogar. Allí se empezaron a construir historias alternativas a los relatos despectivos que algunas veces las mujeres tenían hacia los hombres. En la niña se empieza a evidenciar cada vez menos el uso de un lenguaje peyorativo hacia ellos, de tal manera que en las últimas sesiones ya no se expresaba con rechazo y de manera defensiva.

Al interior de las clases dejaron de ocurrir las agresiones entre la niña y el niño, lo que implicaba que los llamados de atención verbales y escritos, tanto para la niña y el niño, ya no se dieran de manera frecuente. Esto a su vez traía como resultado que desde el

colegio las directivas no llamaran a los hogares de cada uno a informar de la situación, de la cual ya sabían el motivo (antes las llamadas a la acudiente de la niña eran de manera permanente cada semana, una, dos o más veces).

Los docentes evidenciaron una mejor convivencia al interior del salón, debido que estos episodios hostiles entre la niña y el niño interrumpían el desarrollo o continuidad de la clase.

Todo lo anterior contribuyó a la disminución de la preocupación, angustia, dolor, frustración por parte de los sistemas, sintiéndose más cómodos, con menos malestar; el colegio hacia la familia y la familia hacia el colegio, la niña hacia el niño y viceversa.

Y así, en el caso desde la autorreferencia, se operó el cambio, cuando el terapeuta fue un otro para la familia y el sistema escolar, que les permitió ver algo nuevo, surgiendo la diferencia al verse desde un lugar que era novedoso para ellos, y donde la familia, la niña, el niño, los docentes, la rectora, el contexto del barrio, fueron los otros para el terapeuta en el proceso de observarse en la observación, es decir, en el terapeuta también operó la autorreferencia.

La autorreferencia lleva al psicoterapeuta, de manera reiterada, una y otra vez a preguntarse: ¿desde qué lugar estoy leyendo al otro? Y si desde ese lugar desde donde lo estoy mirando ¿es el lugar que el otro necesita para que emerja el cambio?

Así, con este caso, se da cuenta de cómo el constructivismo plantea el cambio, dado en autorreferencia, donde no cobra únicamente sentido el ser individual con sus procesos internos y cognitivos sino éste reconocido en ámbitos más amplios que la propia

individualidad, esto es, la pertenencia de ese individuo a contextos particulares, culturales, sociales, que co-evolucionan y se retroalimentan a partir de otro en una relación sistémica.

La relación terapéutica

Las diferentes concepciones del yo y del cambio, desde ambas posturas, inciden también en la manera como se concibe el rol del terapeuta en el espacio de la psicoterapia, pues una postura constructivista, que da valor e importancia a las construcciones individuales, acepta que el terapeuta posee un conocimiento válido que le permite actuar de manera intencional en la conversación con el otro con el fin de gatillar en el consultante nuevas reflexiones que le permitan nuevas explicaciones de sí.

Aquí se reconoce con tranquilidad la terapia como un espacio de dos expertos que conversan. Al respecto Hector Fiorini asegura “el paciente es una mezcla de ignorancia y saber, y el terapeuta también” (p 3). Es decir, siempre el consultante sabe algo que el terapeuta ignora y viceversa. Por un lado quien asiste a terapia se considera un experto en su propia historia de vida, lo cual constituye un insumo indispensable para la conversación, pero es el terapeuta quien posee un conocimiento teórico y práctico, para hacer a través de la conversación y por autorreferencia que el consultante reconozca y entienda, de una manera diferente, su dilema de vida, y asuma la responsabilidad que tiene en la emergencia y mantenimiento de éste. A partir de allí, se espera que el consultante pueda construir nuevas narrativas que le permitan re-relatar su vida con nuevos significados que impliquen para él coherencia y alivien el malestar.

Por otro lado las posturas construccionistas despojan al terapeuta de todo conocimiento científico que guíe un proceso terapéutico y reducen su papel a una postura colaborativa, en la cual su función se dirige a ayudar al consultante a encontrar nuevos lenguajes, a prestarle una nueva voz para conversar, que le permita entrar en un juego distinto del que ha estado inmerso. Esta posición es entendida como una postura humilde, donde el experto deja de ser experto y pierde toda su autoridad en el espacio terapéutico.

El Profesor Marcelo Rodríguez Ceberio tiene una postura que resulta interesante. Él asegura que las relaciones terapéuticas siempre, absolutamente siempre, son asimétricas, pues se constituyen como relaciones de poder, debido que es el paciente quien llega al escenario terapéutico en busca de la ayuda del profesional, y eso ya tiene consideraciones en la posición que uno y otro ocupan en el proceso psicoterapéutico. Pero esto no quiere decir que sea una relación de sumisión, por el contrario, cuando el terapeuta logra tomar ventaja de la posición en que lo ubica el otro en el escenario de la consulta de una manera humilde y desde una mirada compasiva, puede favorecer que su palabra y su discurso resulten lo suficientemente novedosos pero no amenazantes para el consultante y que, de esta manera, pueda gatillar cambios estructurales que permitan al paciente la resolución de sus dilemas.

El profesor Guillem Feixas refuerza la idea de Marcelo Rodríguez cuando afirma que la relación terapéutica siempre es asimétrica por dos razones: la primera es que el terapeuta, aunque en ocasiones presta al consultante su propia experiencia para que éste pueda observarse desde allí, no es frecuente que en terapia se hablen los asuntos del terapeuta. Y la segunda, es que el consultante paga al terapeuta por un servicio, lo que ya le

da una connotación diferente a la relación que se construye dentro del espacio de la psicoterapia. (1994)

Entonces queda claro, en definitiva, que es una relación asimétrica; nunca podrá darse el mismo lugar dentro de la terapia al consultante y al terapeuta, pero es de suma importancia aclarar que no se habla de que uno sea más o mejor que el otro. Es simplemente que se reconoce a ambos con experticias distintas, lo que los ubica en lugares igualmente diferentes e importantes dentro del sistema de relación.

La postura del terapeuta constructivista será siempre la del no saber, la de ingenua curiosidad frente a la experticia del consultante, con la cual tratará de comprender cómo, para la persona que tiene enfrente, su dilema resultó ser la forma más significativa de construirse, para poder desde allí colaborar en la construcción de nuevas alternativas igualmente significativas y coherentes para el consultante. Queda claro que el terapeuta sabe llevar la conversación, conoce los principios de la psicología que guían sus procesos... “tiene no solo el saber, sino la responsabilidad de mantener el contexto terapéutico como un contexto donde el cambio sea posible, y en definitiva tiene una formación que en algún momento es útil para el proceso terapéutico”... (Feixas, 1994, p308)

Al respecto tres psicoterapeutas conversan desde un escenario clínico, a partir de sus argumentos autorreferenciales:

Psicoterapeuta 1:

Otro aspecto significativo, de mi formación como terapeuta, es la forma como he entendido la relación terapéutica y tiene que ver con la manera como yo me siento dentro

de ella, porque aunque para mí una premisa clara es la de la psicoterapia como el encuentro de dos almas humanas, considero que no es una relación simétrica, no sólo por la experticia técnica y teórica en la que el psicólogo se ha preparado, sino también por la posición de saber que el consultante le da al terapeuta.

Lo menciono así porque es algo común que he podido observar en todos los casos que he atendido, y en los casos llevados por colegas, donde el consultante explícita o implícitamente otorga un poder al terapeuta, sintiendo que es él quien va a “curarlo”, pues tienen el imaginario de que es el psicólogo quien posee las respuestas que él o ella no han podido encontrar por sus propios medios. Y considero que esto implica que existe desde el inicio confianza en la relación terapéutica, una confianza que por supuesto debe ser cuidada y alimentada a lo largo del proceso.

Pero quiero ser cuidadosa cuando me refiero a que la psicoterapia no implica simetría en la relación terapéutica, pues se reconoce al psicólogo como un experto en la técnica y la teoría, y eso implica una posición diferente a la del consultante que, aunque experto en su historia de vida, necesita de otro que permita la autorreferencia. Y si no fuera así, la pregunta sería ¿Por qué esta persona (consultante) necesitó venir a terapia y no fue suficiente su experticia para resolver sus conflictos?

Esa posición de saber y confianza, que brinda el consultante al terapeuta, implica también una gran responsabilidad, pues debe ser labor del terapeuta ser cuidadoso y protector del otro para prestar un nuevo lugar para observarse, que incluya llevar al consultante a reconocerse igualmente como un experto, con conocimiento valioso para

encontrar nuevas rutas y posibilidades que le ayuden a aliviar su malestar, además de que pone en la persona la responsabilidad de cambio y transformación, empoderándolo de su proceso.

Psicoterapeuta 2:

La psicoterapia sistémica me permite con mayor claridad ejercer la profesión, con coherencia, conexión, circularidad, reflexión, autodescubrimiento, aún con mayor sentido ético y humano, reconociendo que tanto el terapeuta -como el consultante son expertos en sus relatos de vida, además uno con experticia en su saber disciplinar y otro en su saber vivencial y experiencial, pero que ambos saberes o experticias ejercen roles diferenciados con funciones específicas acordes a dichos roles en un contexto psicoterapéutico, pero ambos válidos. No es mejor el saber del psicoterapeuta como tampoco lo puede ser únicamente el del cliente; el cliente no es el único experto.

Psicoterapeuta 3:

Respecto a la relación terapéutica reconozco ser experta como profesional, ser otra como persona conectada con las emociones del consultante, desde nuestra experiencia humana, reconociendo a su vez la experticia de los consultantes; lo reafirmo como un potencial de cambio significativo para el escenario terapéutico, siendo consciente del espacio tiempo que se contiene en escena, **los límites son trazados por el contexto sobre las intenciones que nos reúnen.** Una persona en relación con un entorno particular, con unos dilemas y significados construidos a través de su tiempo, que llega a consulta para salvaguardar su vida, con la necesidad de conocimiento, reflexión y auto-creación. Para mí,

el espacio terapéutico se convierte en lugar de observación donde me observo, te observo y nos observamos; al salir de allí, nunca seremos los mismos, siempre seremos seres más conscientes de nosotros y de los demás, para establecer relaciones sanas de sentido y significado humanamente posibles, para transitar por la vida, haciéndola cada vez mejor.

ALCANCES O LÍMITES DEL CONTRUCCIONISMO SOCIAL EN PSICOTERAPIA

Continuando con las conversaciones a partir de un escenario psicoterapéutico surgen cuestionamientos respecto a la práctica terapéutica, epistemológica y metodológica de la psicología, actualizada con el pensamiento posmoderno de la época sobre las construcciones del conocimiento, realidad y verdad, con base en el paradigma constructivista sistémico y los postulados socioconstruccionistas que se han venido desarrollando a lo largo del escrito, explicando concepciones sobre el Yo, el cambio y la relación sistema entorno, que nos ocupa a partir de este escenario, para no entrar en contradicciones (sobre aseveraciones sistémico-construccionistas) destacándose como una necesidad de actualización para el psicoterapeuta contemporáneo que se dedique a ejercer la práctica clínica, con la ética pertinente frente a la responsabilidad de aplicar debidamente su profesión preservando el contexto terapéutico, por el impacto humano y social de la misma, en concordancia y coevolución con su historia. Por lo tanto, la pregunta que abre este cuestionamiento gira en torno a, ¿Es el construccionismo social un modelo aplicable en la psicoterapia de acuerdo con sus postulados?

Es notorio que el ser humano desde su nacimiento es interdependiente en coevolución con su entorno, construyendo, deconstruyendo y co-construyendo significados en sus acciones coordinadas a través del lenguaje, postulado constructivista sistémico y socioconstruccionista, donde se encuentran ideológicamente las posturas; sin embargo, centrados desde un contexto psicoterapéutico, el constructivismo sistémico, leído desde la teoría de sistemas cerrados, reconoce a un Yo, autopoiético y autorreferente, determinado desde su propia estructura; por tanto, el psicoterapeuta se reconoce como un otro/entorno que posibilitará en el sistema consultante un escenario de múltiples teorías frente a sí mismo y los demás, movidos por la experiencia única de cada uno, que como sistema terapéutico vamos co-construyendo conjuntamente en una conversación armonizada, con sentido e intención de cambio, operando en las diferencias que se dan gatilladamente en la interacción, en la reflexividad, clausura operacional y a través de las observaciones de las observaciones; en ese caso el encuentro de las posturas, evidentemente en un dominio terapéutico, entraría en incongruencia con el construccionismo social en la deslegitimación del Yo y al enmarcar el cambio exclusivamente en la construcción relacional, en el lenguaje y en las nuevas narraciones, perdiendo de vista la operación, sobre las personas que puntúan, asimilan, distinguen, amplifican y narran determinados hechos, cargados de emoción, como sí lo hace la teoría de sistemas cerrados, manifiesto en la amplificación de la operación frente a lo que ocurre en el sistema terapéutico, evidente por su dominio en un contexto psicológico con necesidades de transformación. Se deja en claro la aplicabilidad del constructivismo sistémico en psicoterapia por su claridad frente al Yo, el operar del cambio y el sistema entorno, lo cual, no se pretende redundar; por el contrario se desea preguntar al construccionismo social ¿Cómo podría llegar a ser un modelo aplicable para la

psicoterapia sin tener en cuenta a un yo que significa para generar un espacio conversacional?

“Gergen afirma que el contexto marca la manera como se construyen las relaciones y que es necesario abandonar la idea de comprender al individuo para centrarse en su matriz relacional” (2010, p. 45), por consiguiente, de acuerdo con esta postura, se muestran los esfuerzos del construccionismo social centrados en el contexto, inquietantes desde la psicoterapia respecto a su aplicabilidad conceptual y metodológica al delimitar el abandono del individuo, incongruente con el proceder profesional y epistemológico de un psicoterapeuta desde donde realizaría sus puntuaciones y distinciones, quien debe privilegiar la intensión del cambio, expectativa del consultante al llegar a un escenario psicológico por sus propios medios, demandante de cambio, con necesidades de diferenciación en un nuevo espacio, con la idea de interiorizar nuevos significados, adquirir facultad de decisión, responsabilizándose de su desarrollo, comprendiéndose como capaz de transformar su realidad; por el contrario, bajo el postulado construccionista, al centrar la atención en las relaciones, el cambio quedaría sujeto al entorno dependiente a la coordinaciones de actividades conjuntas, quienes legitimarían al Yo en su contexto. Por tanto, consecuentemente en psicoterapia las posturas resilientes perderían congruencia, por lo cual, ¿qué sentido tendría un espacio psicoterapéutico sin un Yo que signifique, responsable de su propio cambio?. Estas preguntas reafirman y develan el cuidado ético, como se ha venido subrayando, ya que el psicoterapeuta igualmente no se podría desconocer como un otro implicado, deduciéndose que tanto el terapeuta como el sistema

consultante son los que hacen del espacio un sistema terapéutico, reconocedores de su poder de transformación.

Hasta el momento se pueden visualizar tensiones en la aplicabilidad del construccionismo social como un posible modelo psicoterapéutico, observado desde el escenario (sistema terapéutico), el psicoterapeuta se podría cuestionar ¿quién reduciría complejidades en dicho espacio, para que el cambio sea posible? concepción fundamental de sentido y significado para el contexto. Según la teoría socioconstruccionista, sobre las relaciones de poder, el profesional debe negarse como otro y su condición de experto, por una condición de no saber, de ignorancia, en una posición colaborativa, para que continúen las conversaciones, ya que en una relación jerárquica el sistema tendría un dominio de poder. Cómo evitarlo si la psicoterapia también es un servicio de carácter económico, donde invisiblemente se entreteteje una transacción simbólica haciendo que exista una responsabilidad compartida, atribuyéndole al terapeuta la responsabilidad de ser un experto, de lo contrario el sistema consultante no tendría por qué acudir con su dilema. El terapeuta no podría negar su experticia profesional, ni la experticia del consultante en su experiencia; a partir de allí podríamos pensar en la importancia de la corresponsabilidad del sistema terapéutico como generador de cambio, de sujetos pensantes y activos en el proceso de transformación, quienes conjuntamente reducen complejidades, cada uno desde un lugar que le presta al otro (observaciones de segundo orden) encontrando en las distinciones, diferencias que le dan mayor forma a la experiencia y preservación de su existencia como un ser autopoiético, que al reconocerse mutuamente son potencial de evolución. Postura

constructivista sistémica que se hace explícita en la siguiente cita de Humberto Maturana y Francisco Varela:

Los cambios estructurales que de hecho se dan en una unidad aparecen como "seleccionados" por el medio mediante el continuo juego de las interacciones. Y, como consecuencia, el medio puede verse como un continuo "selector" de cambio estructural que el organismo sufre en su ontogenia. El acoplamiento estructural es siempre mutuo; ambos, organismos y medio, sufren transformaciones (2003, p.90).

Es decir, necesariamente el ser humano por su condición natural está realizando reducciones de complejidades, inherentes a cada uno, tanto terapeuta como consultante coevolucionan, siendo innegable la posición de experto que cada uno tiene, haciendo del espacio un sistema terapéutico. El psicoterapeuta debe estar preparado en su autorreferencia como persona y profesional, para ser un experto que le muestre al otro ser, consciente de su propia experticia, como de sus posibilidades de selección ante el dilema. Con esto se observa la postura de humildad del construccionismo social en psicoterapia como una concepción de poco reconocimiento del sí mismo, del terapeuta y del sistema, reconocimiento fundamental para coevolucionar hacia el cambio.

El surgimiento de la autoconciencia en el lenguaje humano surge mediante la comunicación de "representación" del mundo, que los organismos humanos adquieren mediante mecanismos seleccionados (de cogniciones del propio mundo) a lo largo de la filogenia de la especie, y que la ontogenia individual "adapta" (dentro del límite posible) a su propia sobrevivencia.

Argumentos a partir de conclusiones de Biólogos como Konrad Lorenz y Rupert Riedl (citados por Maturana y Varela 2003, p.15)

En un dominio terapéutico, teniendo en cuenta las citas anteriores y el desarrollo de todo el escrito, el cambio desde el constructivismo sistémico refleja nuevos órdenes de significados, cambio sería igual a autopoiesis, genética, biología, clausura operacional, adaptación, preservación, selección, organización desde la estructura propia en co-evolución que hace el individuo en interacción constante con su medio, siendo la persona quien ordenaría su existencia y su forma de relacionarse. En ese caso, existiría corresponsabilidad del terapeuta y el consultante hacia el cambio, cada uno aceptándose como un otro que gatilla autorreferencialmente, en un escenario que debe proporcionar seguridad para preservar la emoción como instinto natural, que el construccionismo social desconoce, ubicándose desde una posición reduccionista que no posibilita un lugar de observación desde un sistema terapéutico.

En dicha medida se concluye que la aplicabilidad del construccionismo social hace referencia a su foco de atención e interés. En el construccionismo social se muestran, según Gergen (citado por Jubes, Laso & Ponce) “Para el construccionista, la *racionalidad precede a la individualidad*, el reto construccionista, por consiguiente es moldear una realidad de cualidad relacional, inteligibilidades lingüísticas y prácticas asociadas que ofrezcan una nueva posibilidad a la vida cultural” (1998, p.5) delimitando su intención de cambio en otro contexto, en otro dominio. Por consiguiente, la reflexión sobre el construccionismo social, como un modelo terapéutico, se relaciona más como argumentos que han enriquecido el

proceder de la psicoterapia desde el punto de vista autorreferencial a nivel teórico, con la capacidad de reconocer a una persona en un contexto particular con la idea de preservar su integralidad, concluyendo que el psicoterapeuta puede conversar con el construccionismo social, con claridades respecto a sus límites, de acuerdo con los principios epistemológicos constructivista sistémicos que orientan su proceder, para garantizar el espacio terapéutico en pro de su intención, el cambio.

Ser un psicólogo contemporáneo implica entenderse a sí mismo en un espacio-tiempo particular, teniendo en cuenta las construcciones científicas a lo largo de la historia; el psicólogo contemporáneo necesita ser consciente de los límites de su escenario y de unas fronteras sólidas, pero flexibles, para relacionarse con otros modelos psicológicos, al igual comprender claramente el paradigma que sustenta su forma de observar la realidad en el conocimiento de lo humano, en pro de la transformación para no entrar en contradicción, reconociendo nuestros límites y nuestros alcances en cada área del conocimiento a nivel psicológico, nutriéndonos de las diversas perspectivas pero con un centro; con claridades respecto a las intenciones de cambio desde donde me posiciono, relativos de cada contexto, estudio o punto de análisis, así que, las distinciones autorreferenciales del psicoterapeuta son vitales en el ejercicio terapéutico, reflexión que se ha venido explicitando a lo largo del escrito por parte de tres psicoterapeutas, pretendiendo gatillar en el lector sus propias reflexiones autorreferentes. En consecuencia, se presenta el último caso como muestra de dicha interiorización.

Caso 3. Autorreferencia del Terapeuta

En el presente texto plasmo algunas ideas referentes a mi experiencia como psicoterapeuta, trayendo a colación uno de mis casos desarrollados en el escenario clínico, recordado por la evolución evidenciada durante el proceso, permitiéndome reflexionar sobre las ideas expuestas concernientes a la aplicabilidad de los paradigmas epistemológicos del constructivismo y construccionismo social en psicoterapia, respecto a las implicaciones que tiene cada mirada en el ejercicio profesional, la relación terapéutica, el cambio y el consultante, quien es el mayor implicado de nuestro proceder.

Situándome en los momentos y escenarios de psicoterapia, a la espera de un encuentro con seres humanos naturalmente afligidos, con una o varias problemáticas que los reúne en el encuentro conmigo, a la expectativa de sanar, de adquirir respuestas apresuradas, con la ansiedad por cambiar su realidad, nos observamos en escena, dos sujetos en un espacio de transformaciones y múltiples posibilidades, un otro igual a mí, en situaciones algunas veces similares, o en otras no tanto, no obstante igual a mí, conectados con emociones que nos unen como humanos, dolor, alegría, miedo, emociones primarias, naturales de conservación y otros sentimientos elaborados en la experiencia transitada biológicamente como relacionalmente, en una familia y en un contexto particular cada uno, por tanto, en escena nos observamos como iguales desde lo humano, sin embargo, con roles específicos de acuerdo con las intenciones que nos unen en dicho espacio. Me observo conectando emociones, con el relato del consultante, relato develado apresuradamente en una primera sesión, al parecer contenidas durante largo tiempo, saturadas de eventos traumáticos en la mayoría de ocasiones de contextos sumamente hostiles, con una primera

necesidad de estar seguros, ser escuchados, reafirmados, valorados y protegidos, **preservando su existencia.** Paralelamente reflexiono sobre sus herramientas vitales de coexistencia, las excepciones, los recursos hacia el cambio, el sentido de su vida, que los traen al encuentro de una sesión psicológica. Curiosamente realizo preguntas con pocas distinciones para que el otro me permita reconocer su percepción frente al mundo y las reflexiones a las cuales ha llegado por sí mismo, en la solución de sus problemas. En este punto creo en la concepción de Maturana y Varela quienes exponen que los seres están en la capacidad permanente de reinventarse y, como seres de conocimiento, son conscientes de dar solución a sus dilemas, como un ser autónomo, en su propia estructura y de significado, interdependiente pero con la posibilidad de escoger sus propios caminos, quien requiere de un otro que gatille, como un espejo o reflejo de sí mismos, donde puedan diferenciarse, observando su identidad e ideales hacia un futuro como poder de cambio, reconociendo lo no observado hasta el momento, reduciendo complejidades para incrementar los procesos de abstracción, generadores de conciencia, como seres de sentido (filosóficos) para preservar su vida. Hasta este punto comprendo la realidad del consultante, teniendo en cuenta la pertinencia de la situación que lo trae, su necesidad, su ciclo vital, el contexto como red de apoyo, su biología, empiezo_a identificar situaciones que en su relato y en su memoria conectaron con su emocionalidad, siempre atenta de su lenguaje corporal, situaciones inconclusas que en su momento no se integraron en el tiempo. Allí me vuelvo una generadora de crisis perfectamente consciente de mis capacidades de contención emocional-, confrontando las ideas contradictorias que en la actualidad hacen emerger el dilema, no integradas de forma consciente en el espacio – tiempo del consultante. Poco a poco ocurre una conexión, con momentos de contacto; el consultante plantea nuevas

experiencias respecto al problema inicial que le trajo a consulta, posicionándose y observándose con mayores oportunidades para asumir sus dilemas. Por mi parte, al reencuadrar el proceso, la emoción la noto distinta, la corporalidad es nueva, el mismo sujeto pero con otra apariencia, nuevas ideas respecto a su vida, acciones que le muestran al consultante el poder de sus decisiones de cambio y evolución que habitan en él.

Recuerdo el caso de una mujer de 28 años de edad con cuatro hijos, una adolescente de 13 años, un niño de 7 años y dos niñas de 10 y 6 años de edad. La mujer recibía maltrato físico de su cónyuge, padrastro de sus hijos, sin embargo acudía por la mala conducta de los niños y la relación que se entretejía entre ellos de maltrato, lo cual la hacía sentir culpable como madre. En una primera sesión la mujer se mostraba como una víctima de su entorno, por sus condiciones económicas, socioculturales y educativas; por otra parte yo me observaba muy conectada con sus emociones, al verla y sentirla con tanto dolor, no solo emocional sino físico, intuyendo el peso de una vida de maltrato que ella había interiorizado como suya, en ese momento me preguntaba, ¿cómo una mujer a su edad podía permitir tanto dolor y además soportarlo? Viéndome a través de sus ojos, de la misma edad, como madres, en su tiempo madres adolescentes, con las dificultades que eso acompaña, algunas veces con sensaciones de extrema soledad, de desesperanza y angustia, intentando buscar a un salvador, porque todo está en contra tuya, percibiendo una vida pesada, difícil de asumir y sostener. En este punto ya su discurso daba sentido a mi vida, (*El consultante gatilla en el terapeuta , quien se autorreferencia de acuerdo con su estructura determinada*) dándome cuenta de las múltiples oportunidades que estaban a su alcance, una madre a su edad, con cuatro hijos, reconociendo lo que implica, intentando mejorar la

relación hacia ellos; una madre con tanto afecto podría movilizar cualquier dificultad por garantizar la supervivencia de sus hijos y de sí misma en pro de la preservación (*El terapeuta se da cuenta del sentido de vida de la consultante para preservar su especie, que la pueden llevar al cambio como instinto natural de conservación, biología del conocimiento*). No obstante, en ese momento no podía reconocer su emocionalidad ya que su posición frente al mundo la desbordaba, permitiendo desde su posición de víctima el maltrato, por tanto como psicoterapeuta entendía (*Clausura operacional dada al autorreferenciarse, tanto en su experiencia, como teóricamente, ya que el terapeuta tiene en cuenta el ciclo vital del consultante, sus roles, las necesidades de la familia hacia el cambio, la preservación de los niños y de ella, como fin para la apertura, posibilitando la ruta terapéutica*) que podría prestarle un lugar donde ella se observara con la fortaleza afectiva que la acompañaba para permanecer y buscar el cambio que aún no reconocía como posible, pese a estar en un escenario terapéutico. A partir de allí, aclarando las corresponsabilidades y expectativas frente al cambio, recorrimos juntas, como un sistema terapéutico, su historia de vida sobre su familia de origen, los embarazos, especialmente el de su hija mayor que ocurre en su adolescencia. Su relato estaba cargado de tristeza, desesperanza, agonía y dependencia emocional en sus relaciones de pareja, con una pauta de maltrato constante; la relación con su madre era conflictiva y su red de apoyo escasa. Dentro de su discurso no se posiciona como una persona capaz de brindarle seguridad a sus hijos. Transcurridas tres sesiones, el relato de la consultante continuaba siendo de víctima, generando en mí una sensación molesta principalmente al tener en cuenta mi responsabilidad ética por los menores de edad y la confianza de la consultante por acudir a mí, frente a su necesidad de mejorar; la sensación paralelamente me inquieta, prestando

especial atención, entro en una clausura operacional que me hizo observarme dentro de la observación terapéutica para darme cuenta de la importancia de actualizarme frente a la emoción inicial, lo que en su momento me sirvió para lograr conectarme con su relato. En ese instante perdía sentido, le estaba mostrando la validación de una identidad hacia la victimización, era el momento de prestarle otro lugar, por tanto reencuadro el escenario. Gatillando especialmente el asunto de riesgo en el cual se encontraban los niños, confronté las ideas paralizantes para que ella también se actualizara (*moviliza la autorreferencia del sistema consultante*) e integrara su experiencia relatada, resignificándola con claridad en su identidad y en las necesidades que hoy la acompañaban en relación con los demás. En ese momento entra en contacto con su responsabilidad de decisión, existe una observación de segundo orden, diferenciándose en el tiempo y dándole valor a la experiencia pasada desde otra mirada, una mirada útil para su vida actual, observar las capacidades que tiene para sostener económicamente el hogar, establecer buenas relaciones en su entorno laboral y los momentos de autoridad y orientación que daba a sus hijos, mostrándoles valores sobre el respeto hacia sí mismos como hacia los demás; excepciones valiosas que le mostraron sus capacidades, -sentido de vida con base en el afecto hacia sus hijos. El sistema consultante al parecer no las había observado hasta entonces. En dicha observación de segundo orden la consultante realiza diferencias integrándolas a su identidad, determinada por su propia estructura, la cual siempre cautelosamente se cuida por mi parte, especialmente respetando la emoción de las dos, estableciéndose una relación de confianza que paralelamente posibilitó la novedad, la consultante empieza a tomar decisiones, pone límites a su conyugue, se cambia de domicilio con sus hijos, reconoce el desarrollo emocional que cada uno de ellos tiene, se percibe capaz del cambio, mejora su situación económica aumentando

sus ingresos, contempla posibilidades de estudio, indagando oportunidades en su contexto de acuerdo con su red de apoyo. Al finalizar, la consultante había interiorizado e integrado sus experiencias de vida actualizadamente, proporcionándose segundas observaciones sobre sus relatos, narrados con otras emociones (*se percibe el cambio en la narración desde una emoción diferente*), conteniendo y reconociendo las excepciones hacia el cambio, dándose cuenta del poder que habitaba en ella. Al concluir, su tono de voz, su corporalidad eran diferentes; al parecer su energía vital era otra. Al respecto, como psicoterapeuta observo que gatillé en ella su posición frente a su dilema, suscitando las experiencias dolorosas de su vida, –generando cambios en los significados respecto a su emoción, proporcionando sentimientos sanos hacia sí misma y hacia los demás, integrando conscientemente su realidad. Esta experiencia me permitió reconocermelo como un otro, experta desde mi rol en dicho escenario para comprender el tiempo del otro, su biología, su estructura elaborada de significados a partir de su experiencia vital, tan particular y única, intentando adaptarse, garantizando su existencia, existencia cargada de sentido, que se amplifica en escena, mostrándonos desde diversos lugares, y conversando dos personas, de experta a experta.

Los postulados constructivistas y construccionistas han generado en mí nociones importantes a considerar en la praxis terapéutica, concluyendo como relevante la idea del cambio en psicoterapia de acuerdo con los objetivos del escenario, donde la persona relacional es generadora de sentido, reflexión y evolución, capaz de reinventarse permanentemente, posibilitando cambios en su entorno. Las ideas construccionistas, por el contrario, las observo como aporte teórico autorreferencial para el psicoterapeuta en la relación terapeuta-consultante hasta cierto punto, al considerar experto al consultante de su

propia experiencia, no sin desconocer la experticia del terapeuta, ni desconociéndonos como dos personas coexistentes para la co-construcción de nuevos significados en el juego del lenguaje, pertenecientes a un medio cultural incidente en la suma de significados construidos.

CONCLUSIONES

Las diferentes lecturas que cada una de las posturas pertenecientes al paradigma posmoderno hace de conceptos como el yo, el cambio y la relación terapéutica, permiten adoptar una posición política frente a la eficacia de cada una de ellas para explicar los fenómenos psicológicos en la práctica clínica.

Ante esto podría decirse que se presenta simpatía con algunas de las premisas básicas que el construccionismo propone alrededor del ejercicio de la construcción de la realidad. Queda claro que la realidad es una construcción subjetiva que se hace en interdependencia con el ambiente, es decir, que el contexto, como lo propone el construccionismo, es condición necesaria para que se dé el proceso de construcción, pero no es el único escenario, puesto que queda la inquietud por el lugar del sujeto en la relación con dicho contexto. Esta idea, que resulta reduccionista, hace que la lectura que el construccionismo hace de los fenómenos psíquicos y su forma de operar en la práctica resulte incomprensible e incluso ingenua, dejando una sensación de desdén e inconformidad, pues epistemológica y metodológicamente no logra claridades desde un escenario psicoterapéutico.

Negar el carácter intrapsíquico que cobija a todos los seres humanos, determinándolos como seres sociales que se construyen sólo a través de la conversación con otros, implica pararse desde posturas deterministas que eliminan categorías como la libertad y la autonomía de la esfera de lo humano, categorías que resultan importantes a la hora de pensar en el cambio, puesto que desde esta mirada la responsabilidad de la transformación recae sobre los espacios discursivos en que está inscrita la persona, haciendo que ésta atienda de manera pasiva a los movimientos culturales que se van presentando, y esto es llevar la esencia humana a límites reduccionistas.

También es ingenuo pensar en relaciones simétricas dentro del espacio terapéutico, como lo propone el construccionismo, pues será imposible despojar al terapeuta de su conocimiento como experto en el que-hacer psicológico. Siempre existirán diferencias en la posición que consultante y terapeuta ocupan dentro del proceso psicoterapéutico, empezando por el carácter económico y transaccional que constituye la terapia, donde es el consultante quien paga por servicios especializados a la persona del terapeuta, y es él quien llega con una demanda específica frente al proceso, que necesitará de otro (terapeuta) que permita la autorreferencia para operar el cambio.

Es así como el paradigma constructivista, con la lectura que hace de la relación sistema entorno en clave de coevolución, brinda claridades frente a los vacíos que por el contrario el modelo construccionista deja. Aquí se le da un lugar al sujeto en el proceso de construcción, donde por efecto de la retroalimentación se generan cambios permanentes, tanto en el sujeto como en el contexto, pero entendiendo al protagonista del proceso como un ser autopoietico capaz de auto-organizarse y auto-actualizarse, operando en clausura

operacional que, queda claro, no es una posición solipsista donde se niega el intercambio con el medio, sino por el contrario donde se reconoce que existe tal intercambio reconociendo los límites del sistema, con los cuales tiene la capacidad de permitir el paso o no de determinada información, dependiendo del efecto que ésta pueda provocar en la organización estructural del sujeto.

Así mismo, reconoce el carácter asimétrico de la relación terapéutica, pero una asimetría donde ambos son expertos en asuntos diferentes; por un lado el terapeuta experto en el conocimiento psicológico, y el consultante experto en su experiencia, lo cual los ubica en lugares distintos con alcances igualmente diferentes. La presencia del terapeuta, como otro que presta un nuevo lugar de observación, se hace indispensable para pensar el cambio, dando fuerza a la idea de seres autopoieticos y autorreferentes.

Es por tanto el constructivismo el paradigma integrador que permite claridades frente a lo teórico, lo metodológico y lo epistemológico del proceso de construcción de la realidad y el conocimiento, claridad que el psicoterapeuta contemporáneo debe tener para el ejercicio ético de su profesión, que le permita reconocer congruentemente su escenario de intervención, donde el cambio prevalezca, identificando conceptual y pragmáticamente la idea del Yo, el cambio y la relación terapéutica, cuyo entendimiento le llevará a conversar con otros modelos psicológicos en pro de la integralidad del sistema consultante.

Referencias

- Agudelo, M., y Estrada, P. (2012). Constructivismo y construccionismo social: algunos puntos comunes y algunas divergencias de estas corrientes teóricas. *Prospectiva*, 17, 353-378.
- Arcila P, Mendoza Y, Jaramillo J, Cañón, O. (2009). Comprensión del significado desde Vygotsky
- Bradford, P. (1994) *La estética del cambio*. Buenos Aires, Paidós
- Bruner y Gergen Diversitas – PERSPECTIVAS EN PSICOLOGÍA – Vol. 6, N° 1, 2010
- Cathalifaud, M. (2000). Epistemología aplicada: Constructivismo Sistémico. *Revista Chilena de Temas Sociológicos*, 6-7, 145-159.
- Elkaim, M. (1998). *La terapia familiar en transformación*. Buenos Aires, Paidós.
- Feixas, G. (1994). Constructivismo y psicoterapia. En M. Garrido y J. García (eds.), *Psicoterapia: Modelos contemporáneos y aplicaciones* (pp. 303-321). Valencia, promolibro
- Gergen, K. (2006). K. Barcelona, Paidós.
- Jubés, E., Laso, E., y Ponce, Á. *Constructivismo y construccionismo: dos extremos de la cuerda floja*.
- López-Silva, P. (2013). Realidades, construcciones y dilemas. Una revisión filosófica al construccionismo social. *Cinta moebio*, 46, 9-25.
- Maturana, H. (1995). *La realidad: ¿Objetiva o construida? I: Fundamentos biológicos de la realidad*. México, D.F. Anthropos .
- Maturana, H. (1996). *De la biología a la psicología*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria
- Maturana, H. (1996). *La realidad: ¿Objetiva o construida? II: Fundamentos biológicos del conocimiento*. México, D.F. Anthropos.
- Maturana, H. y Varela, F. (2003). *El árbol del conocimiento: las bases biológicas del entendimiento humano*. Buenos Aires, Lumen.

Molinari, J. (2003). Psicología clínica en la posmodernidad: perspectivas desde el construccionismo social. *Psyche*, 12(1), 3-15.

Ruiz, A. (). *Los aportes de Humberto Maturana a la Psicoterapia*. Instituto de Terapia Cognitiva INTECO – Santiago de Chile http://www.inteco.cl/articulos/003/texto_esp.htm

Tarragona, M. (2006). Las terapias posmodernas: una breve introducción a la terapia colaborativa, la terapia narrativa y la terapia centrada en soluciones. *Psicología Conductual*, 14, 511-532

Yang, L. *El construccionismo social y su desarrollo*. Entrevista a Kenneth Gergen. En Prensa, *Psychological studies*.